



## Un Milagro en Camino

Las cuatro semanas de Adviento nos regresa litúrgicamente a los nueve meses de embarazo de la Madre de Dios. Con ella anhelamos que lo invisible se haga visible para que todo el mundo lo vea, lo escuche y lo sostenga. Con ella nos maravillamos ante la misteriosa gestación de la Palabra hecha Carne en su vientre. Porque el Hijo Eterno de Dios “se *encarnó* de la Virgen María”, como decimos todos los Domingos en el Credo.

El Hijo de María tomó carne de su carne—es decir, de *nuestra* carne, de ustedes y de mía. Pero aprendemos del *Catecismo* que la Encarnación del Hijo de Dios “no significa que Jesucristo es parte Dios y parte hombre”. De ninguna manera. “Él se hizo verdaderamente hombre mientras permaneció siendo verdaderamente Dios”. El Hijo de María es verdadera y completamente humano y Él es verdadera y completamente Dios. En Su divinidad Él es “consustancial con el Padre”; en Su humanidad Él es consustancial con nosotros. Pongan “encarnado” y “consustancial” juntos y tienen el nombre para Jesús que asociamos con el Adviento: “Emmanuel”, que significa “Dios con nosotros”.

El Hijo de Dios es Emmanuel porque Él quiere ser “con nosotros”. Ustedes y yo no tuvimos opción cuando tomamos carne; el

Creador nos llamó a ser sin darnos voz tocante la naturaleza de nuestra existencia humana. Pero el Hijo Eterno *eligió* estar “con nosotros” antes de la creación del mundo. “Él no se aferró a la igualdad con Dios”, dice San Pablo; sino “se anonadó de sí mismo” para nacer como uno de nosotros y morar y morir entre nosotros. La Segunda Persona de la Trinidad voluntariamente se convirtió consustancial con nosotros para que podamos convertirnos completamente humanos en Él. Esto lo hacemos cuando abrimos nuestras vidas a Su venida como lo hizo María. Así preparamos un lugar para que la Encarnación continúe en nosotros.